

El darwinismo social como clave constitutiva del campo de la actividad física educativa, recreativa y deportiva

Social Darwinism as a Key Constituent of the Field of Physical Activity (PE, Sports and Recreation)

DOI: 10.4438/1988-592X-RE-2011-359-108

José Ignacio Barbero-González

Universidad de Valladolid. Escuela Universitaria de Magisterio. Departamento de Didáctica de la Expresión Musical, Plástica y Corporal. Segovia, España.

Resumen

Partiendo de que el diseño y apogeo del darwinismo social coincidió en el tiempo con la emergencia y cristalización institucional del campo de la actividad física educativa, recreativa y deportiva (AFERD), me formulo la siguiente pregunta: ¿Impregnaron las tesis del darwinismo social los discursos y prácticas de los *propagandistas de la nueva cultura corporal*? En la respuesta, sigo este proceso: Para empezar, me detengo a considerar el concepto de *darwinismo social*. Ello me lleva, primero, a contextualizar las condiciones de posibilidad del pensamiento y de los hallazgos de Darwin. A continuación, me centro en las ideas del máximo exponente del evolucionismo, Herbert Spencer, un filósofo cuya obra gozó de una gran difusión a finales del siglo XIX y principios del XX y que, además, nos dejó un influyente ensayo sobre Educación Física (EF). En este breve texto, el autor explica la necesidad de la formación física de niños y jóvenes aludiendo a la dura lucha por la vida en la que se ven inmersos tanto los individuos particulares como la nación-Estado. Posteriormente, para responder a la pregunta inicial, analizo distintas fuentes primarias del campo de la AFERD que, dadas las limitaciones espaciales, se circunscriben al debate político en España en torno a la creación del primer centro de formación del profesorado de EF y a las obras de algunos autores españoles y norteamericanos. En ambos casos, buena parte de la *razón de ser* de la EF se asienta sobre la cuestión del éxito o la supervivencia -expresada de un modo más o menos real o metafórico-. Para finalizar, a modo de epílogo, ilustro la fuerza de dicha teoría social en la configuración original del campo de la AFERD remitiendo a leyendas que

establecen una vinculación causal entre distintas formas de ejercitación, el vigor físico y la supervivencia (victorias militares).

Palabras clave: evolucionismo, darwinismo social, Educación Física, deporte, siglo XIX.

Abstract

Given that the design and height of social Darwinism and the emergence and institutional crystallisation of the field of physical activity in the sphere of education, sport and recreation (PAESR) coincide in time, the following question is posed: Did the thesis of social Darwinism permeate the discourses and practices of the *propagandists of the new culture of the body*? The answer follows these stages: First, the concept of social Darwinism is examined. To do this, the conditions making Darwin's thought and findings possible are placed in context. The focus then shifts to the work of Herbert Spencer, one of the greatest exponents of evolutionism, a philosopher whose work enjoyed great popularity in the late 19th and early 20th centuries and author of an influential essay on physical education (PE). In this brief text, the author explains the deficiency of the physical training of children and youth and the need for PE by alluding to the hard struggle of individuals (and the nation-state) for existence. Subsequently, to answer the original question, various primary sources in the field of PAESR are analysed. Due to space constraints the sources are limited to a number of Spanish and American authors and the political debate prior to the foundation of the first institution for the training of PE teachers in Spain. In both cases, much of the *raison d'être* of PE is based on the question of survival, expressed in a range of real and metaphorical senses. As an epilogue, the strength of social Darwinism in the shaping of the field of PAESR is illustrated by referring to legends that glorify the causal links between physical exercise, vigour and survival (military victories).

Key words: evolutionism, social Darwinism, physical education, sport, 19th century.

Introducción

La emergencia y difusión del darwinismo social y la proliferación discursiva de una *nueva cultura corporal* que glorificaba las bondades de la ejercitación *racional* son

coetáneas. Aunque en ambos casos pueden rastrearse iniciativas pioneras en siglos anteriores, su cristalización se produjo en la segunda mitad del siglo XIX.

Esta coincidencia, unida a la excusa del ducentésimo aniversario del nacimiento de Darwin y al eco de algunos vocablos habituales en los textos de Educación Física (EF), me llevó a indagar en la imbricación entre el discurso del darwinismo social y las iniciativas teórico-prácticas que propugnaban la conveniencia de extender la AFERD al conjunto de las poblaciones.

Para los historiadores del deporte del mundo anglosajón, este asunto no es nuevo (Mangan, 1981 y 1999; Brown, 1985). En el contexto español, el darwinismo social no ha pasado de ser un referente colateral al que todavía no se ha prestado la atención debida (Pastor Pradillo, 1997; posiblemente la obra más valiosa, empíricamente hablando, de la historia de la EF española). Esto es en buena medida aplicable también al espacio iberoamericano (Ainsenstein y Scharagrodsky, 2006; Scharagrodsky, 2008).

En esta tesitura, trataré aquí de mostrar que el darwinismo social, entendido en un sentido amplio, fue uno de los argumentos tácitos y explícitos más potentes en que se apoyó la tarea de *evangelización* en la nueva cultura corporal, hasta acabar *fijándose* como una de las *claves constitutivas* del campo. Por limitaciones de espacio, me he ceñido a fuentes primarias y secundarias de España y Estados Unidos.

Los apartados en que está organizado el texto responden, primero, al intento de clarificar el sentido en el que utilizo la expresión *darwinismo social* para, en segundo lugar, ilustrar la fuerza de dicho discurso en los debates teóricos y políticos y en las iniciativas prácticas e institucionales del incipiente campo de la AFERD.

De Darwin al darwinismo social

El gran mérito de Darwin fue asentar científicamente la teoría de la selección natural. Tomando como fecha simbólica 1859, año en que se publican el prospecto de los *Primeros principios* de Spencer y *El origen de las especies*, se puede afirmar que la cristalización definitiva del evolucionismo en las ciencias naturales y en el pensamiento social tuvo lugar durante la llamada *era del capitalismo*, entre 1848 y 1875 (Hobsbawm, 1987). El rasgo distintivo de estas tres décadas es, de acuerdo con este autor (p. 6), *el triunfo mundial del capitalismo*, incluido el uso corriente del vocablo, en una sociedad basada en la empresa privada competitiva cuya clase emer-

gente –la burguesía– justifica su posición natural de dominio en clave meritocrática (el triunfo de los más aptos) a la vez que vislumbra un futuro de progreso y bienestar creciente para sí misma y para el conjunto de la sociedad.

A su vez, podemos situar el apogeo y declive del evolucionismo entre 1875 y 1914, durante la llamada *era del imperio* (Hobsbawm, 1989). Durante estos años, las ideas de Spencer, filósofo considerado por algunos como la conciencia política de su época, gozaron de una gran difusión e influencia (Gaupp, 1930):

Fue Herbert Spencer –esto está bien sentado hoy– un acontecimiento de significación europea, o más bien universal. Lo mismo que un Voltaire, un Kant, un Schopenhauer, representó una fuerza espiritual, cuyo influjo se extendió mucho más allá del pueblo que le produjo, llegando a todos los países civilizados y afirmando y fecundizando la vida espiritual. Fue, además –dirían muchos– el filósofo de su tiempo, es decir, el hombre que dio expresión más clara y coherente a la conciencia científica de la última mitad del siglo XIX (p. 7).

Pero, dice Hobsbawm (1989, p. 274), la incapacidad de los planteamientos evolucionistas a la hora de explicar y ofrecer soluciones a los problemas de cohesión que perturbaban cada vez más a las sociedades del nuevo siglo vino acompañada de otras formas de comprender las transformaciones históricas que ocuparon su lugar. Los nuevos problemas no alteraron el optimismo ni la fe en el progreso; lo que ocurrió fue que «ese optimismo incluía no solo a quienes creían en el futuro del capitalismo, sino también a aquellos que aspiraban a hacerlo desaparecer». (Hobsbawm, 1989, p. 10).

Frente a la tendencia a presentar las grandes figuras de la historia como portentos sobrehumanos, inmersos en una especie de vacío, capaces por sí mismos de grandes creaciones individuales, se entienden mejor las condiciones de posibilidad de Darwin y Spencer, que los ubican dentro de largos procesos que tienen lugar en contextos sociales concretos (Elias, 1991). Vistas así las cosas, la obra de estos dos científicos puede enmarcarse dentro de un proyecto colectivo en el que compitieron y colaboraron con algunos de sus contemporáneos. Como Darwin relata en la introducción a *El origen de las especies* (1888, pp. 51-52), el primer sumario de lo que más tarde sería la obra definitiva lo redactó, con cierta urgencia, al saber que Alfred Russell Wallace le estaba pisando el terreno.

Cuando el joven Darwin inició en 1831 su periplo en el Beagle, el paradigma evolucionista orientaba desde hacía ya algunas décadas las indagaciones de pensadores de

variado espectro de las ciencias naturales y de las sociales. En su círculo más próximo, su abuelo Erasmus había escrito a finales del siglo XVIII un tratado sobre la evolución de las plantas y los animales. En la *Noticia histórica del desarrollo de las ideas acerca del origen de las especies antes de la publicación de la primera edición de la obra* que añadió en la tercera edición, Darwin valora las aportaciones de numerosos actores dentro de un largo proceso. El anonimato de uno de estos (el autor de los *Vestigios de la creación*) y el comentario del propio Darwin («obra que ha prestado excelente servicio en nuestro país llamando la atención sobre este asunto, alejando prejuicios y preparando el terreno para recibir ideas análogas») sugieren que la implantación del nuevo modelo no estuvo exenta de dificultades (Darwin, 1988, pp. 39-49).

Así pues, la concepción de la sociedad y de la vida como un proyecto susceptible de ser interpretado y construido sobre unas premisas antropocéntricas racionales y empírico-positivas llevaba tiempo gestándose y cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, Darwin publica sus obras y dota de base científica a dicha visión del mundo, el terreno estaba ya muy abonado para su recepción (Núñez, 1977):

La idea de progreso, verdadero supuesto básico de la moderna cultura europea y motivo de continua satisfacción para el hombre decimonónico, se encontraba por fin confirmado científicamente. En adelante, la noción de desarrollo histórico, que andaba ya flotando en la conciencia occidental desde hacía más de un siglo, se podrá interpretar sólidamente bajo la óptica naturalista del término *evolución*. [...] En este sentido, más que de Darwin, habría que hablar de *darwinismo* o *era darwiniana*, en cuanto que se trata en rigor de una auténtica concepción del mundo que se construye a partir de la teoría transformista (p. 8).

Una era darwiniana caracterizada por potentes retroalimentaciones entre las ciencias naturales y las sociales: si para Grasa Hernández (1986, p. 43) «la filosofía y la economía política desempeñaron un papel nada desdeñable en esa laboriosa aproximación a la idea de selección natural», según Giner (1988, p. 602) Darwin «llegó a sus revolucionarias conclusiones gracias, en parte, a sus conocimientos de ciencia social», de la cual extrajo el marco general.

El referente más decisivo en la configuración inicial de la teoría de Darwin fue Thomas R. Malthus, propietario de la primera cátedra de Economía Política que se estableció en Inglaterra en 1805. De él tomó el concepto de *lucha por la vida* desarrollado en el *Ensayo sobre la población*, donde defiende la tesis de que la

progresión aritmética con que, en el mejor de los casos, crecen los alimentos es insuficiente para alimentar a una población que, si no encuentra obstáculos, crece en progresión geométrica (Sánchez Orcajo y Uña, 1996, pp. 307-320). Darwin leyó dicho ensayo en 1838, dos años después de su regreso del viaje en el Beagle y lo que leyó le causó un impacto decisivo (Núñez, 1977):

La contribución del ensayo de Malthus a la formación de la teoría darwiniana fue, pues, tanto directa como indirecta: directa, en la medida en que le aportó un dato fundamental en la explicación del proceso selectivo, es decir, la presión de supervivencia ejercida constantemente sobre cada elemento orgánico proveniente de la superproducción; indirecta, en cuanto que le suministró todo un contexto general de referencia teórica a través del cual Darwin relacionaría un gran número de ideas hasta el momento inconexas. En definitiva, el futuro autor de *El origen de las especies* había encontrado el marco teórico adecuado para empezar a trabajar (p. 46).

El otro gran referente de Darwin fue Spencer, a quien, según Giner (1988, p. 597), profesó una gran admiración. El papel de Spencer fue más bien el de proyectar filosófica e ideológicamente la teoría darwiniana enfatizando el *triunfo* o la *supervivencia de los más aptos*. Una expresión de alcurnia spenceriana (Núñez, 1977, p. 49) que, a pesar de su carácter un tanto tautológico (¿Quiénes sobreviven? Los más aptos. ¿Quiénes son los más aptos? Los que sobreviven.), se convirtió en la tarjeta de presentación más popular de la teoría de la selección natural.

Darwin trasladó estas premisas al reino animal y les proporcionó una base empírica gracias a lo cual, circunscribiéndonos al 'estricto ámbito' de las ciencias naturales, fueron generalmente bien aceptadas por personas de distintas posiciones ideológicas. El problema surgió cuando algunos científicos sociales y ciertos agentes políticos trataron de aplicar a otros campos las conclusiones e implicaciones tácitas o explícitas que del trabajo de Darwin se derivaban. El propio Marx vio la oportunidad (Ferrater Mora, 1982):

... este cuerpo de doctrinas despertó gran entusiasmo no solamente entre geólogos y zoólogos, sino también entre autores que veían en el darwinismo un apoyo contra las tradiciones del *ancien régime* y la expresión de un pensamiento radical y revolucionario. Así, Marx propuso a Darwin dedicarle el primer volumen de *Das Kapital*, propuesta que rechazó Darwin (p. 711).

Este dato sugiere que Darwin procuró, al menos en ciertos momentos de su vida, mantener un perfil bajo en torno a las posibles extrapolaciones político-ideológicas de sus hallazgos y que las circunscribió, en la medida de lo posible, a su quehacer científico. Así, ajeno a otro tipo de disputas, pudo concentrarse mejor en su trabajo.

El darwinismo puede, pues, entenderse de distintos modos. En su versión más estricta, es una teoría biológica que fue aceptada en los ámbitos científicos sin excesivas estridencias. En su sentido más amplio, constituye un cuerpo de doctrinas que, transferidas a la teoría y a la acción política, chocaron frontalmente con las explicaciones hegemónicas tradicionales cuyo incuestionable punto de partida eran los textos bíblicos (Ferrater Mora, 1982, p. 711).

La llamada *revolución darwiniana* (Cohen, 1985, pp. 283-300) tiene, pues, al menos dos lecturas: en una, los agentes se circunscriben (lo cual es mucho decir) al ámbito de las ciencias *naturales*; en la otra, proyectan su acción a la esfera de lo social y, parafraseando a Hobsbawm (1989, p. 252), politizan el nombre de Darwin y el concepto de 'evolución'. Una politización que, como se ve en *Doña Perfecta*, llegó también a los ambientes cotidianos menos letrados (Pérez Galdós, 2003 [1896]).

PEPE REY.- Pues el darwinismo es una doctrina respetable que no puede tratarse en solfa.

[...]

DON JUAN TAFETÁN.- ¡Menudas agarradas hay en el Casino por eso del darwinismo y los monos...! ¡ji, ji!

JACINTITO.- En esa doctrina hay que distinguir entre los estudios experimentales, que son muy buenos, y las consecuencias filosóficas, que son deplorables (Acto I, Escena IX).

El evolucionismo de Herbert Spencer

Resalto aquí el papel de este filósofo de la época victoriana porque, además de los motivos mencionados, Spencer (1820-1903) es en muchos aspectos el paradigma del evolucionismo en tanto en cuanto trató de sistematizar todas las ciencias tomando como directriz la ley o fórmula de la evolución, sus ideas gozaron de gran difusión e

influencia y dedicó cierta atención al papel de la EF como condicionante del éxito en la dura lucha por la vida.

Para Wright Mills (1964, p. 42), Spencer forma parte de un conjunto de pensadores sociales –Comte, Marx, Weber, etc.– que se plantean «empresas enciclopédicas, relativas a la totalidad de la vida social del hombre». El trabajo de estos investigadores sociales combina estudio histórico –recogen y tratan materiales del pasado– y sistemática –intentan distinguir etapas y regularidades–. En esta línea, dice Copleston (1979, p. 125), antes de la aparición de *El origen de la especie*, el autodidacta Spencer trabajaba ya en el gran proyecto de construir un sistema filosófico completo, que incluiría las ciencias, cuya línea directriz era –recogiendo *una idea que flotaba en el aire*– la ley de la evolución o –en términos spencerianos– *la ley del progreso*. Esta expresión sintetiza una diversa gama de predisposiciones y esperanzas que, aunque vienen de atrás, van cristalizando a lo largo del siglo XIX: una visión de procesos a largo plazo impregnados de optimismo acerca del progreso humano.

¿Cómo se ubican las distintas ciencias en el organigrama de su sistema? Brevemente, la distinción entre la filosofía y la(s) ciencia(s) se basa en *los grados de generalización*. Mientras estas, con sus objetos y métodos de estudio específicos, son *ciencias particulares* de saberes *no unificados*; la filosofía conjuga todos los saberes al producir un conocimiento más coherente, general y superior (Copleston, 1979, p. 128).

La clave general que sustenta esta unificación coherente es la *fórmula* o *ley* de la evolución que, según Gaupp (1930, p. 145), Spencer se propuso «fijar en detalle por medio de una amplia inducción en todos los dominios de la existencia».

Los tres ingredientes básicos de esta fórmula de la evolución son: a) *el tránsito de un estado inconexo a otro más conexionado*, de una forma menos coherente a otra más coherente o armónica (por ejemplo: la formación del sistema solar, el crecimiento de las plantas o animales, el desarrollo de las organizaciones sociales, de la ciencia... se producen mediante procesos de concentración y conexión de elementos antes dispersos); b) *el tránsito de un estado más homogéneo a otro menos homogéneo*, heterogeneidad que se manifiesta en la creciente diferenciación de las partes (por ejemplo: en el desarrollo de un organismo vivo, al principio indiferenciado, se van distinguiendo sus células, tejidos, órganos...); y c) *el paso de lo indeterminado a lo determinado*, de lo indefinido a lo definido, proceso por el que las partes, además de diferenciarse, incrementan sus influencias y dependencias recíprocas (por ejemplo, el contraste entre la escasa o gran división del trabajo en las sociedades primitivas y modernas).

En el proceso evolutivo general, Spencer desglosa su visión de la sociedad recurriendo a analogías (método comparado: similitudes y diferencias) organicistas, que, por ejemplo, se ponen de manifiesto en el título *El organismo social*.

En este texto, Spencer (s. f., pp. 15-16) resume los cuatro paralelismos *más evidentes* que detecta entre los organismos individuales y las sociedades. Estos son: el aumento de su masa a lo largo de su vida; el incremento de la complejidad de su estructura en el curso de su desarrollo; la diferenciación y el aumento gradual de cada una de las partes y de su interdependencia hasta que «al fin, llega a ser tan grande que la actividad y la vida de cada parte solo se hacen posibles por la actividad y la vida del resto»; y la independencia de la vida de la sociedad respecto a cada una de las unidades que la componen, de modo que, aunque las unidades mueren, el conjunto compuesto de ellas «sobrevive generación tras generación, aumentando en masa, en perfección de estructura y en actividad funcional».

De las cuatro diferencias (Spencer, s. f., pp. 17-21), que sirven para entender mejor las analogías, *la más importante* concierne a la ubicación de los centros sensibles: «mientras en el cuerpo animal solo un tejido especial está dotado de sensibilidad, en una sociedad todos los miembros son sensibles». Esto es: la conciencia no reside en una pequeña parte del organismo social, sino que todas las unidades que lo componen tienen, tal vez en distinto grado, la capacidad de pensar o de emocionarse.

Sopesando las similitudes y diferencias entre la sociedad y la vida de otros organismos, Spencer concluye que las concordancias tienen más peso que las distinciones, que «los 'principios' de organización son los mismos y las diferencias son sencillamente diferencias de aplicación» (Spencer, s. f., p. 22).

En el progreso evolutivo de la sociedad distingue dos etapas, la *militarista* y la *industrial*. Aplicando la fórmula de la evolución, la sociedad industrial ha aumentado en masa; su estructura es más compleja; la división del trabajo es mayor; los individuos realizan funciones cada vez más particulares, necesarias e interdependientes y, en consecuencia, no son meros medios que se puedan sacrificar por un fin superior; finalmente, es pacífica: la *lucha industrial por la existencia* en la que triunfa aquella sociedad con mayor cantidad de individuos aptos o mejor preparados sustituye a la necesidad de la guerra en la lucha por la vida.

El rasgo distintivo de Spencer, según Fernández Enguita (1983, p. 14), es su feroz oposición a toda intervención del Estado. Su radical defensa del individualismo y del liberalismo económico lo sitúa en contra de casi todas las iniciativas legislativas en favor de los necesitados –y de la infancia, cuyo mantenimiento y educación es un

problema (y un mérito) familiar-. En su explícito escrito *El individuo contra el estado*, critica en clave meritocrática la visión y el tratamiento piadoso-asistencial de la miseria humana, puesto que, en primer lugar, no tiene en cuenta la responsabilidad de los pobres y de los parásitos sociales en relación con su propia situación (Spencer, 1977):

La simpatía hacia la persona que sufre o padece hace que, por el momento, sean olvidadas sus faltas. El sentimiento que revela la frase «¡pobre hombre!» al contemplar a un individuo desgraciado excluye la idea de «¡mal hombre!»... (p. 36).

Además, la asistencia social no contribuye a eliminar la causa de los males porque difumina la responsabilidad individual entre el colectivo de la sociedad e impide que el sufrimiento ejerza su acción benefactora (Spencer, 1977):

¿No es evidente que en medio de nosotros debe de haber multitud de miserias que sean resultado lógico de la mala conducta y que no debieran nunca separarse de esta? [...] Separar la pena de la mala conducta es luchar contra la naturaleza de las cosas, y el pretenderlo solo conduce a agravar la situación (pp. 37-38).
... muchos sufrimientos son curativos e impidiéndolos se impediría el efecto de un remedio (p. 51).

Spencer prolonga su argumentación insistiendo en que toda la legislación asistencial refleja el paulatino avance de *la ola socialista* -la *esclavitud del porvenir*- y pone en entredicho la capacidad legislativa del Parlamento cuando afirma que su legitimidad se asienta sobre una superstición (Spencer, 1977):

La superstición política del pasado era el derecho divino de los reyes: la de hoy es el derecho divino de los Parlamentos. El óleo santo parece haber pasado inadvertidamente de la cabeza de uno a las de muchos, consagrándolos a ellos y a sus decretos (p. 123).

Para compaginar esta sociedad individualista y meritocrática con la búsqueda de la felicidad y la evitación del dolor del utilitarismo, Spencer recurre una vez más a la fórmula o ley de la evolución. Según él (Spencer, 1977, pp. 159-161), el problema es que la teoría utilitarista -tal como se aplica en la práctica política- no es racional ni científica, puesto que se limita a los efectos inmediatos e, incluso, accidentales. Por

el contrario, el utilitarismo racional debe deducir qué acciones tienden a producir necesariamente la felicidad o la desgracia a partir del análisis de las leyes de la vida y de las condiciones de existencia. En otras palabras, Spencer está convencido de que una sociedad meritocrática, con un estado muy poco intervencionista, traería antes la felicidad y esta sería más duradera.

La EF spenceriana

«Physical Education» apareció como «Physical Training» en abril de 1859 en la *British Quarterly Review*. En 1861, Spencer sacó al mercado sus ensayos sobre educación, que contenían ese y otros artículos publicados previamente. Según Offer (2000, p. 252), dicho compendio –que está muy bien escrito y gozó de gran difusión hasta, al menos, 1930– se enfrenta radicalmente al saber convencional de su época.

En el ensayo sobre EF, Spencer (citaré la edición española de 1983) se afana en mostrar científicamente su necesidad perentoria. Sintéticamente, su argumentación es la siguiente (Burgos Ortega, 2009):

«Las necesidades de la vida moderna ejercen una presión cada vez mayor en las personas de todas las edades» (1983, p. 212). En estas circunstancias, ni las personas (contexto familiar), ricas o pobres, ni la sociedad (marco escolar) prestan la atención debida a la formación física de la infancia y la juventud.

Tal dejación es, si cabe, mayor en el caso de las niñas, debido a que las pautas que rigen la educación de las buenas señoritas restringen su libertad de movimientos.

Este proceder es contrario a lo que demuestran las ciencias (biología, fisiología, etc.) y a las leyes de la naturaleza.

Las condiciones de vida de las sociedades modernas traen consigo una progresiva degeneración de la raza: nuevas enfermedades (calvicie prematura, pérdida de piezas dentales...), disminución de la estatura y de la amplitud de formas, menor resistencia a la fatiga y, en fin, debilidad general de la estirpe.

El déficit de vigor físico sitúa en condiciones de inferioridad a los individuos y a la nación-Estado en la dura lucha por la vida en la que solo los más aptos triunfan:

El asunto es serio... Como observa un pensador, la primera condición de éxito en el mundo es ser un buen animal, y la primera condición de prosperidad nacional es que la nación esté compuesta de buenos animales. No solo sucede frecuentemente que el éxito de una guerra depende de la robustez y del valor de los soldados, sino que en las luchas industriales también la victoria es compañera del vigor físico de los productores. [...] La lucha por la existencia es tan viva en los tiempos modernos que no serán muchos los que consigan salir vencedores. Ya sucumben millares de individuos bajo la excesiva presión que sufren. Si esta presión, como es probable, continúa aumentando, se quebrantarán rudamente las mejores constituciones. Es, pues, extraordinariamente importante el educar a los niños de manera que sean aptos, no solo para sostener la lucha intelectual que les espera, sino también para soportar la excesiva fatiga que sobre ellos pesará (Spencer, 1983, p. 184).

Por consiguiente, la EF es una necesidad y una obligación porque, sin ella, la supervivencia, el progreso y la felicidad no son posibles. En este marco, Spencer promueve un código de moralidad física, dentro del cual la conservación de la salud es uno de nuestros deberes y todo daño impuesto voluntariamente debe ser considerado pecado físico (Spencer, 1983, p. 228).

El principio básico en el que Spencer se apoya para explicar el funcionamiento del cuerpo y el tratamiento de los (hoy llamados) bloques de contenido de la EF es el de la conservación de la energía. En otras palabras, la calidad y los beneficios o perjuicios de la alimentación, del vestido, del ejercicio corporal y del exceso de trabajo intelectual se analizan en función de su repercusión en el deber y el haber de la energía del organismo.

Este planteamiento general se podía utilizar en una u otra dirección. Así, el doctor Maudsley, por ejemplo (1874, p. 467), advirtió de los peligros que acechaban a la mujer que, durante la pubertad, drenaba su finita energía vital si se dedicaba a los estudios porque, ya se sabe, «cuando la naturaleza gasta en una dirección, debe economizar en la otra».

La razón de ser de la EF en el contexto español

La inestabilidad política, las luchas intestinas, la ausencia de revolución industrial y la incapacidad de romper con el antiguo régimen marcan el siglo XIX de una España que, como sugieren los textos de EF de la época, se descolgó definitivamente de los países que iban a la cabeza del progreso.

En este contexto, las clases dominantes se tomaron su tiempo para convencerse de la necesidad de promover la nueva ejercitación científica entre las masas y hubo que esperar hasta 1883 para que se crease por ley el primer centro de formación de profesorado de EF de España, la Escuela Central de Gimnástica de Madrid. En 1881, Manuel Becerra defendió la proposición de ley recitando de carrerilla el discurso spenceriano y la fórmula de la economía política. Estos fueron sus argumentos (Coplef, 1979):

El ejemplo de «los países que van a la cabeza de la civilización».

Los múltiples beneficios que reportaría a la nación, en especial su contribución a la creación del 'capital' físico-productivo:

Si la gimnasia es útil bajo el punto de vista militar..., lo es igualmente para la parte intelectual y moral, porque no hay riqueza para las naciones comparable con la de tener una generación de hombres viriles y trabajadores (pp. 45-56).

El importante papel de la mujer como procreadora de una estirpe débil o robusta porque, ya se sabe, solo las madres sanas pueden tener hijos vigorosos.

Su función preventiva de multitud de males generales y de peligros específicos que acechan a la sociedad (afeminamiento) y al sistema escolar (eruditos 'a la violenta') (Coplef, 1979):

Un gran número de desgracias que hay que lamentar en España, de muertes y hechos violentos, depende, sobre todo, de la irritabilidad de un sistema no bien sostenido y apoyado por el equilibrio del temperamento y una musculatura vigorosa.

Señores diputados [...] Sabéis todos perfectamente que es una verdad innegable aquello que de un modo científico ha demostrado [...] un célebre doctor en medicina de Nueva York: que la civilización lleva consigo cierta tendencia al afeminamiento, que es preciso ponerla coto [...]

[...] los alumnos que siguen la segunda enseñanza tienen que emplear una gran parte del tiempo en ejercicios de su espíritu, de manera que es posible

que tengamos [...], no muchos sabios, pero sí eruditos 'a la violenta' de cuerpos raquíticos, de naturaleza débiles, con imaginaciones calenturientas, de las que nada hay que esperar para el porvenir de la Patria.

En su contestación, el ministro de Fomento completó el listado de motivos. Tiene noticias de que «en uno de los mejores colegios de Inglaterra, los trabajos excesivos de la inteligencia han producido enfermedades graves»; se ha demostrado que frecuentar el gimnasio conlleva que disminuyan las enfermedades y el absentismo; conviene que niños y adultos vigoricen sus cuerpos como prerrequisito para vigorizar su espíritu porque «el hombre fuerte varía en sus cualidades morales»; un Congreso de Diputados compuesto por «sabios tísicos sería la peor enfermedad que podría verse en un pueblo»; el *sport* inglés constituye un medio de civilización, de adelanto, de desarrollo de los individuos que componen la sociedad»; y en los colegios en donde se ha establecido «se ha observado» más aplicación y estudio; por todo ello, propone que se forme una comisión que estudie la proposición para «procurar apartar a los jóvenes de esta vida de luchas, pasiones e intereses que se agitan dentro de la ciudad, para impulsarles a esos ejercicios de distracción y de diversión que constituyen una especie de desarrollo constante de su organismo físico a la vez que de sus facultades intelectuales».

Retoma la palabra Manuel Becerra y concluye reafirmando el acuerdo sobre la necesidad de la formación física para afrontar la dura lucha por la vida y afianzar la riqueza y el porvenir de la nación.

La riqueza de la nación emana del trabajo (dócil) en la fábrica, en el ejército o en el negocio; el trabajo se sustenta en el vigor y la salud y esta constituye la razón de ser de la emergente EF científica cuyos *apóstoles*, explica Julia Varela (1991, p. 241), descalificaron los saberes ligados al cuerpo de las clases trabajadoras y sus formas de actividad física tildando a sus principales exponentes de *vulgares titiriteros o volatineros* que realizan ejercicios corporales sin conocimiento de causa (Fraguas, 1897).

Aunque la EF de fin de siglo combina diferentes variables (higiénica, pedagógica, militar, etc.), en todas ellas hay un hilo conductor o una finalidad última que, de un modo u otro, remite a las posibilidades de éxito (individual o colectivo) en el campo de batalla, en la lucha cotidiana por la vida o en la competición industrial (San Romo, 1895, p. 48): «La importancia de la EF, diremos que en la lucha por la existencia, la victoria es del que tiene más vigor físico; esto acontece en las industrias y especialmente en las guerras».

Sanz Romo (1895; 1913) vincula la gimnástica higiénica, los juegos escolares y los deportes a la mejora del capital físico individual y colectivo, al papel de la mujer en el

perfeccionamiento de la especie, a la preparación para la vida militar, a las condiciones de la vida urbana y al problema del *surmenage* intelectual, laboral y escolar. Su explicación del funcionamiento del cuerpo replica también el principio de *conservación de la energía* difundido por Spencer (Sanz Romo, 1895):

La naturaleza lleva una cuenta rigurosa de los ingresos y gastos, y se exige que gaste de un lado, restablezca la balanza con deducciones en otro capítulo... (p. 167).

En 1911, el normalista Niño y Viñas publica un manual de EF, síntesis de los apuntes de la materia que imparte, cuyo objeto es capacitar a sus alumnos para que puedan desarrollar la asignatura Ejercicios Corporales, que venía de ser implantada en el currículo escolar (Burgos Ortega, 2003).

La obvia inquietud pedagógica de este formador de maestros, unida a su conciencia de que la escuela es el recinto educativo de los pobres, no impide que, en lo que a la EF se refiere, reproduzca los argumentos ya indicados.

La razón de ser de la EF, el problema social a que ha de responder es, dice Niño y Viñas (1913, p. VIII), «capital para los intereses nacionales y pedagógicos».

En relación con los intereses pedagógicos, el autor entiende que los Ejercicios Corporales -y otras materias que se apoyan en la actividad o en el contacto con la naturaleza- forman parte de las nuevas corrientes puerocentristas que preconizan el fin de la escuela intelectualista, basada en el verbalismo dogmático, que además menosprecia el trabajo corporal de los pobres (Niño y Viñas, 1913, pp. 4 y ss.).

Más relevantes para el tema que nos ocupa son *los intereses nacionales*. Según estos, la razón de ser de la escuela y de la EF es, en el marco de la fórmula trabajo-población-riqueza de la economía política, su utilidad ante el problema de la recuperación física del pueblo llano -destinatario de la Primera Enseñanza- con el fin de que sus miembros sean más disciplinados y productivos en el trabajo o en la milicia (Niño y Viñas, 1913):

‘El importante problema’ del mejoramiento de nuestra raza es evidente que está por resolver, por no decir por plantear, en España. La educación de los españoles no podrá llamarse integral, ni por ende patriótica ni práctica en orden a las necesidades actuales, mientras la juventud no adquiera energías físico-morales engendradoras de hábitos y costumbres progresivos capaces de enaltecer a la Patria. El mejoramiento de la raza es problema capital para otras naciones, al que consagran preferente atención los hombres públicos y en el que estiman primer factor a la Escuela (p. 3).

La importancia de la EF es, pues, grandísima, porque el vigor y la salud, que constituyen la única riqueza del pobre y la mayor del rico, son «fuente abundante de energías morales e intelectuales», de paz social, de progreso y de triunfo. La victoria en la *lucha industrial* está del lado de los productores vigorosos (Niño y Viñas, 1913):

Los beneficios que resultan de tener sano y fuerte el cuerpo [...] no los recibe solo el individuo ni la familia, los recoge el Estado, puesto que aparte del interés del número de ciudadanos útiles, factor principal de la riqueza de un pueblo, es sabido que las luchas industriales están siempre del lado del mayor vigor físico de los productores (p. 9).

«Salud nacional es riqueza nacional» dicen los ingleses. El hombre sano puede entregarse al trabajo, en sus múltiples manifestaciones, por más horas y con mayor éxito (p. 68).

El índice de salud y, por ende, de riqueza nacional lo resume la estadística. Niño y Viñas contrasta los positivos resultados logrados en Suecia, gracias a la gimnasia de Ling, con el gran deterioro de los valores antropométricos detectado en los alistamientos militares de los mozos españoles; critica las deficiencias de los recintos escolares -donde se fomenta la *inactividad muscular y el enervador surmenage intelectual*- y la absurda política de derrochar el dinero en *circos romanos* (se refiere a las plazas de toros) haciendo caso omiso de las verdaderas necesidades del pueblo (escuelas, parques o patios de recreo). Por todo ello, la medición de la aptitud y el vigor forman parte de los Ejercicios Corporales y su opúsculo contiene dos Hojas Antropológicas, las lecciones primera y última del curso.

Finalmente, la concepción del cuerpo de este normalista -«parte visible, materia orgánica animada, que pudiéramos llamar ‘aparato móvil de combustión’» (Niño y Viñas, 1913, p. 43)- evoca también la visión spenceriana con su debe y haber de energía vital que debe administrarse convenientemente.

EF, antropometría y eugenesia en Estados Unidos

En febrero de 1899, dice Churchill (2008, p. 341), el Comité de Cultura Física de la Junta de las Escuelas Públicas de Chicago aprobó un amplio estudio antro-

métrico de todos los estudiantes de dichos centros para conocer la aptitud de un cuerpo colectivo al que se habían incorporado recientes hornadas de emigrantes del este y del sur de Europa. Este ambicioso plan, añade el autor (p. 343), refleja la ansiedad de dirigentes, reformistas y clases medias urbanas respecto al declive de la raza que, según los enunciados del darwinismo social (y de la eugenesia), se estaba produciendo a causa del bajo tono de la masa inmigrante y de las exigentes condiciones de la vida moderna.

Este tipo de iniciativas no eran nuevas. En la Feria Mundial de Chicago de 1893 se expusieron las figuras de dos jóvenes, un chico y una chica, construidas a partir de las medias de las puntuaciones del alumnado de Educación Superior que habían obtenido Dudley y sus colaboradores (Atkinson, 1987, p. 38). Como es obvio, las figuras mostraban un saludable atractivo femenino o masculino, naturalmente heterosexual.

Durante el último tercio del siglo XIX, la medición del cuerpo y de sus capacidades constituyó el instrumento principal para, en clave evolucionista, evaluar la aptitud y el estado físico de la población. En este contexto, la emergente EF científica incluyó la antropometría en sus propios programas (por ejemplo, E. Hitchcock en Amherst College), lo cual dio lugar a la proliferación de baremos de toda la población escolar y de la juventud en general (Malina, 1996, p. 90; Thomas et ál., 2005, p. 419).

Dos influyentes pioneros de la EF estadounidense de la época fueron Dudley (1849-1924) y Gulick (1865-1918). Aunque la actividad de estos dos cristianos musculares transcurrió por ámbitos distintos (Dudley se ocupó más del diseño de un sistema comprensivo de EF y de la formación de su profesorado; Gulick estuvo muy vinculado a la Young Men's Christian Association (YMCA), teorizó sobre las relaciones entre hombría-masculinidad y EF, y desarrolló una densa filosofía del juego), su visión de la EF recrea la lógica del darwinismo social: el deterioro del capital físico menoscaba las posibilidades de éxito en la lucha por la vida. En consecuencia, se involucran en las prácticas antropométricas (Dudley tomó datos a más de 18.000 estudiantes de Harvard y Gulick diseñó el Penthalon Test utilizado en la YMCA) y apoyan los movimientos eugenésicos.

Desde la óptica evolucionista, Gulick asegura (1904, p. 3) que la actividad física es una necesidad evidente, una constante en la historia de todas las especies y un factor decisivo a la hora de determinar el carácter de los organismos, su ajuste al medio, su salud y su supervivencia.

En esta tesitura, un análisis histórico del capital físico del pueblo americano muestra que los primeros colonos no necesitaban preparación específica, ya que

realizaban suficiente ejercicio en sus tareas de adaptación y dominio del medio (abrir los bosques, limpiar los campos o luchar contra los indios). Igualmente, el trabajo doméstico vacunó a las mujeres contra la debilidad nerviosa y muscular (Dudley, 1906, p. 10).

Pero según Gulick (1904, p. 3): «El proceso de civilización está apartando al hombre de sus naturales exigencias de ejercicio muscular, que han sido sus causas eficientes durante la evolución». El desarrollo industrial de los últimos 50 años (máquina de vapor, electricidad, teléfono y demás inventos mecánicos) ha incidido en «la condición física de la nación», hasta el punto de «que casi hemos dejado de considerar el vigor físico como uno de los factores del progreso humano». Lo cual resulta preocupante porque la nación es el resultado de la suma de los esfuerzos de su gente y, «como cualquier otro ente organizado, depende en última instancia de la condición física de sus unidades individuales» (Dudley, 1906, pp. 19-20).

Ciertamente, «en la batalla por la existencia nacional», la guerra ha cedido su posición de privilegio «a la lucha industrial y comercial», pero esta nueva forma de competición se apoya también en el importante factor de «la condición física del trabajador individual» que es preciso mejorar (Dudley, 1906, pp. 29-30).

Dudley y Gulick reforzaban su argumentación recitando de memoria la ecuación trabajo-población-riqueza de la economía política y remitiendo a cuantificaciones del valor perdido por la conocida *American nervousness* o por otras enfermedades que incapacitaban para el trabajo y que emergían por la creciente competencia en los negocios y por las demandas de la civilización industrial y urbana. Como dice Dudley (1906, p. 41): «Los capitalistas han aprendido que es realmente rentable cuidar de la salud y confort de sus empleados» y, en consecuencia, han mejorado los aspectos sanitarios de los establecimientos manufactureros, de las escuelas, casas de pobres, parques, espacios públicos, etc.

El *locus* en el que confluyen y se multiplican los peligros es la ciudad: ciudad-trabajo, ciudad-escuela, ciudad-hogar, ciudad-suciedad, ciudad-aire libre, ciudad-ocio, ciudad-uso del ocio, ciudad-degeneración... La ciudad es el horno biológico que carcome el vigor físico y moral hereditario. *La vitalidad*, afirma Gulick (1913):

... parece estar en relación inversa con el número de años que la familia ha vivido lejos del suelo. Los hijos de padres que han llevado la intensa y exhausta vida nerviosa de las ciudades tienen probabilidades de ser delicados

y nerviosos, y carecen de la capacidad de resistir incluso una ordinaria cantidad de desgaste (p. 182).

El déficit de vitalidad heredado no puede subsanarse con higiene o ejercicio porque «la vitalidad no es una cosa que pueda ser creada. Si el organismo no la posee, no hay nada que un hombre pueda hacer excepto aprender cómo arreglárselas lo mejor posible con el menor gasto de energía».

En la ciudad, los capitales de resistencia física y la capacidad de recuperarse menguan progresivamente y «todo conspira» para que los niños tengan «un sistema nervioso hipersensible y un físico débil» (Gulick, 1920, p. 166). Los niños pasan muchas horas en la escuela pegados a un pupitre, lo que acarrea fatiga mental, espalda encorvada, tensión ocular, respiración superficial y, en fin, que «de 78.401 escolares examinados en un año en la ciudad de Nueva York, 58.259 tuviesen necesidad de atención médica» (Gulick, 1920, p. 168).

En la ciudad hay que vigilar el tiempo de ocio y sobre todo, su uso. «El problema de la recreación tiene tanta importancia como el problema del trabajo y la educación» (Gulick, 1920, pp. 119-120). En primer lugar, arguye el autor, es sobradamente conocido que los lunes «disminuye la actividad productiva como consecuencia del insensato uso del ocio dominical». En segundo lugar, en las horas de ocio se forja más el carácter de las personas porque estas hacen lo que les place, ya que sus acciones no son guiadas por otros, como ocurre durante el tiempo escolar o laboral.

Así las cosas, estos pioneros promueven que una EF científica, cuyo fin primordial es potenciar una mejor adaptación a las nuevas condiciones de vida, se extienda a toda la población (Dudley, 1906):

La gran cosa que ha de desearse y alcanzarse es esa excelente condición física llamada *fitness* -*fitness* para el trabajo, *fitness* para el juego, *fitness* para cualquier cosa para la que un hombre pueda ser llamado a realizar- (p. 297).

Se trata de una EF que, recordando a Spencer, se apoya en seis factores (ejercicio, dieta, sueño, aire, baño y vestido) y cuya extensión a la población traerá consigo –así lo explicó Dudley en la Segunda Conferencia Nacional sobre la Mejora de la Raza–, mejoras físicas, mentales y morales (Engs, 2003, p. 300).

Epílogo: el poder legitimador de gestas y mitos

Entre los cimientos del emergente campo de la AFERD se encuentran las leyendas creadas en torno a tres victorias militares. Su poder legitimador emana de la vinculación causal que establecen entre la ejercitación, el vigor físico, el éxito y la supervivencia.

Una nos presenta al anciano duque de Wellington (1769-1852), comandante de las tropas que derrotaron a Napoleón en 1815. Está viendo un partido de críquet en la escuela pública Eton. Ante tal varonil espectáculo, el *viejo guerrero* exclama: «¡Aquí se ganó la batalla de Waterloo!» (Box, 1877, p. 330).

Otra nos lleva a la heroica defensa de Mafeking en 1900, durante la Guerra de los Bóeres en Sudáfrica, donde Baden Powell completó sus méritos para alcanzar el generalato. Un papel decisivo en esta gesta correspondió al cuerpo, allí creado, de jóvenes exploradores. Como puede leerse en *Scouting for Boys* (Baden Powell, 1908, p. 16), nadie esperaba que Mafeking fuese atacada, pero en la guerra «hay que estar preparado para aquello que es ‘posible’, no solo para lo que es ‘probable’». Una filosofía de vida para tiempos de guerra que, transformada en filosofía de vida para tiempos de paz, Baden Powell intentará inculcar a los jóvenes a través del Boy Scout Movement.

La última leyenda gira en torno a la directísima relación causal entre el establecimiento, a principios del XIX, del sistema gimnástico de Jahn y la victoria alemana en la guerra franco-prusiana (1870-1871). Los comentarios de la época son elocuentes (Sanz Romo, 1895):

El pueblo alemán despertó a su regeneración física al grito de Ludovico Jahn: «Viva quien pueda vivir», y más tarde el gran estadista [...] Bismarck decía: «Hay que ser fuertes para que no le molesten a uno y le dejen en paz»; estas máximas encierran toda la filosofía de la lucha por la existencia (p. 10).

Aunque en 1871 Pierre de Coubertin tenía solo 11 años, la derrota ante Prusia influyó sobremanera en el padre de los modernos juegos olímpicos quien, buscando remedios para la debilidad física de Francia, centró su atención en la poderosa Inglaterra victoriana donde, como ilustra el citado texto de Box, ya circulaba la leyenda que asociaba los campos de juego de las escuelas públicas con el poderío y supervivencia de la nación. En este contexto, Coubertin ensalzó la figura del que fuera director de la escuela pública de Rugby, Thomas Arnold (muerto en 1842), e internacionalizó el

mito de la transformación educativa llevada a cabo por este sacerdote anglicano a través de la viril pedagogía deportiva. Así lo decía en 1896 (Coubertin, 1973):

Y reflexionando [...] se puede criticar en muchísimos puntos la enseñanza que se da en las *public schools* británicas; pero no cabe duda de que la educación es fuerte y viril.

Debemos atribuir, en gran parte, la expansión prodigiosa del Imperio británico y el alto grado de poder alcanzado por los ingleses bajo el mandato de la reina Victoria a los méritos de esta educación (p. 25).

Como explicó en una conferencia pronunciada en 1918: «El instinto deportivo es, por excelencia, un instinto de poderío [y ustedes miraba a la audiencia de la Asociación de Helenos Liberales de Lausana] lo han organizado y codificado, lo han hecho una institución regular, una fábrica de fuerza colectiva» (Coubertin, 1973, p. 78). Dentro de esta fábrica *-la república deportiva-* reina el equilibrio y la armonía porque las desigualdades se basan en la justicia ya que «el individuo debe el éxito que obtiene a sus cualidades naturales, potenciadas por su esfuerzo voluntario» (Coubertin, 1973, p. 85).

En fin, lo natural y lo justo es que triunfe el más apto. El darwinismo social convertido en clave constitutiva del campo de la AFERD.

Referencias bibliográficas

- Ainsenstein, Á. y Scharagrodsky, P. (Comps.). (2006). *Tras las buellas de la EF escolar argentina. Cuerpo, género y pedagogía*. Buenos Aires: Prometeo.
- Atkinson, P. (1987). The Feminist Physique: Physical Education and the Medicalization of Women's Education. En J. A. MANGAN y R. J. PARK (Eds.), *From Fair Sex to Feminism. Sport and the Socialization of Women in the Industrial and post-Industrial Eras* (38-57). Londres: Frank Cass.
- Baden-Powell, R. (1908). *Scouting for Boys. A Handbook for Instruction in Good Citizenship Trough Woodcraft*. Londres: Pearson. Recuperado de <http://www.thedump.scoutscan.com/s4b.html>

- Box, C. (1877). *The English Game of Cricket, Comprising a Digest of its Origin, Character, History and Progress, together with an Exposition of its Laws and Language*. Londres: The Field Office.
- Brown, D. W. (1985). Sport, Darwinism and Canadian Private Schooling to 1918. *Canadian Journal of History of Sport*, xvi (1), 27-37.
- Burgos Ortega, I. (2003). El ejercicio corporal pedagógico de Lorenzo Niño y Viñas (1911). *Ágora para la Educación Física y el Deporte*, 2-3, 175-183.
- (2009) «De la Educación Física». Herbert Spencer, 1861. *Ágora para la Educación Física y el Deporte*, 10, 119-134.
- Cohen, B. I. (1985). *Revolution in Science*. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press.
- Coubertin, P. de (1973). *Ideario olímpico. Discursos y ensayos*. Madrid: Doncel.
- Coplef (1979). *Ley general de la cultura física y el deporte*. Serie divulgación 2, 45-56.
- Churchill, D. S. (2008). Making Broad Shoulders: Body-Building and Physical Culture in Chicago 1890-1920. *History of Education Quarterly*, 48 (3), 341-370.
- Copleston, F. (1979). *Historia de la filosofía (vol. VIII: de Bentham a Russell)*. Barcelona: Ariel.
- Darwin, C. (1988 [1859]). *El origen de las especies*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Elias, N. (1991). *Mozart. Sociología de un genio*. Barcelona: Península.
- Engs, R. C. (2003). *The Progressive Era's Health Reform Movement: a Historical Dictionary*. Westport (Connecticut): Praeger Publishers.
- Fernández Enguita, M. (1983). *Introducción a Spencer: Ensayos sobre pedagogía*, 11-25. Madrid: Akal.
- Ferrater Mora, J. (1982). *Diccionario de filosofía (4 vols.)*. Madrid: Alianza.
- Fraguas, J. (1897). *Programa ilustrado de advertencias y figuras de actitudes para las prácticas de gimnasia higiénica, sports, juegos y ejercicios medicinales...* Madrid: Biblioteca de la Regeneración.
- Gaupp, O. (1930). *Spencer*. Madrid: Revista de Occidente.
- Giner, S. (1988). *Historia del pensamiento social*. Barcelona: Ariel.
- Grasa Hernández, R. (1986). *El evolucionismo: de Darwin a la sociobiología*. Madrid: Cincel.
- Gulick, L.-H. (1904). *Physical Education by Muscular Exercise*. Filadelfia: Blakiston's Son & Co.
- (1913 [1907]). *The Efficient Life*. New York: Doubleday, Page & Co.

- (1920). *A Philosophy of Play*. New York: Charles Scribner's Sons.
- Hobsbawm, E. J. (1987). *La era del capitalismo*. Barcelona: Labor.
- (1989). *La era del imperio (1875-1914)*. Barcelona: Labor.
- Malina, R. L. (1996). Anthropometry in Physical Education and Sport Sciences. En F. Spencer (Ed.) (1996), *History of Physical Anthropology: an Encyclopedia* (2 vols.) (90-93). New York: Garland; Routledge; Taylor & Francis.
- Malthus, T. R. (1996 [1798]). Primer ensayo sobre la población. En J. J. Sánchez de Orcajo y O. Uña, *La sociología. Textos fundamentales* (307-320). Madrid: Libertarias; Prodhufi.
- Mangan James A. (1981). Social Darwinism, Sport and English Upper Class Education. *Stadion*, 7 (1), 93-116.
- Mangan, J. A. (Ed.). (1999). *Shaping the Superman: Fascist Body as Political Icon - Aryan Fascism. (Sport in the Global Society)*. Londres: Frank Cass.
- Maudsley, H. (1874). Sex in Mind and Education. *Fortnightly Review*, 21, 466-483.
Recuperado de http://digital.lib.umn.edu/cgi-bin/Ebind2html/vic_maudsex
- Niño y Viñas, L. (1913 [1911]). *Educación Física. Ejercicio corporal pedagógico (para escuelas normales y de niños)*. Salamanca: Imprenta Católica Salmanticense.
- Núñez, D. (Ed.). (1977 [1969]). *El darwinismo en España*, 7-58. Madrid: Castalia.
- Offer, J. (Ed.). (2000). *Herbert Spencer. Critical Assessments of Leading Sociologists*. Londres: Routledge.
- Pastor Pradillo, J. L. (1997). *El espacio profesional de la ef en España: génesis y formación (1883-1961)*. Guadalajara: Universidad de Alcalá.
- Pérez Galdós, B. (2003 [1896]). *Doña Perfecta*. Madrid: Espasa Calpe; Austral.
- Sánchez de Orcajo, J. J. y Uña, O. (1996). *La sociología. Textos fundamentales*. Madrid: Libertarias; Prodhufi.
- Sanz Romo, M. (1895). *Manual de gimnástica higiénica y juegos escolares*. Madrid: Imprenta de los Sucesores de Cuesta.
- (1913) *Ensayo de una bigiene deportiva o los deportes ante la bigiene*. Madrid: Imprenta de La correspondencia militar.
- Sargent, D. A. (1906). *Physical Education*. Boston: Ginn & Company.
- Scharagrodsky, P. (Comp.) (2008). *Gobernar es ejercitar. Fragmentos históricos de la EF en Iberoamérica*. Buenos Aires: Prometeo.
- Spencer, H. (s. f.). *El organismo social*. Madrid: La España Moderna.
- (1977). *El individuo contra el estado*. Madrid: Doncel.
- (1983 [1861]). *Ensayos sobre pedagogía*. Madrid: Akal.

- Thomas, J. R., Nelson, J. K. y Silverman, S. J. (2005). *Research Methods in Physical Activity*. Champaign (Illinois): Human Kinetics.
- Varela, J. (1991). El cuerpo de la infancia. Elementos para una genealogía de la ortopedia pedagógica. En AA. VV., *Sociedad, cultura y educación* (229-247). Madrid: Universidad Complutense.
- Wright Mills, C. (1964 [1959]). *La imaginación sociológica*. México: FCE.

Dirección de contacto: José-Ignacio Barbero-González. Universidad de Valladolid. Escuela Universitaria de Magisterio. Departamento de Didáctica de la Expresión Musical, Plástica y Corporal. Pl. Colmenares, 1; 40001 Segovia, España.
E-mail: joseignaciobarbero@yahoo.es